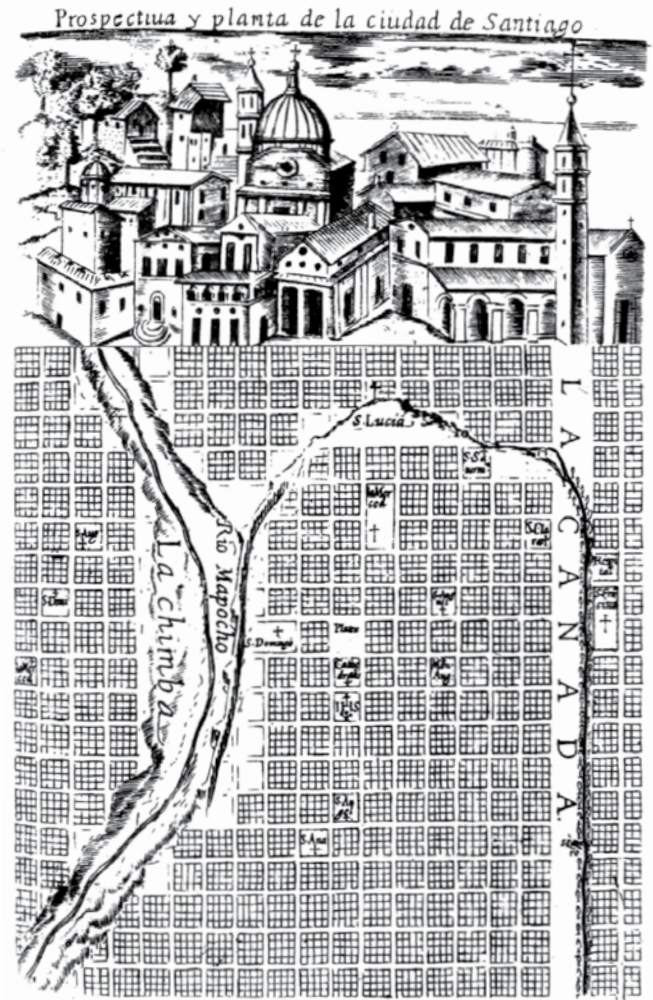


En plena Colonia nació –en la por entonces polvoreada y pequeña capital del reino de Chile– doña Úrsula Suárez y Escobar. Poco se sabe de su primera infancia salvo que llegó al mundo en su casa en manos de una matrona casera y que fue hija de criollos acomodados económicamente. Asimismo, las crónicas cuentan que –en forma muy excepcional a su época– la niña aprendió a leer y a escribir, sin haber asistido a escuela alguna, cosa que, por lo demás, estaba vetada para las mujeres en el siglo XVII. ¿Sería ello un presagio de su enclaustrada, aunque fecunda vida posterior que terminó ubicándola entre las escritoras más significativas del Chile colonial?



Grabado de Fernando Brambilia - Museo Histórico Nacional.



Plano de Santiago en "Histórica Relación del Reino de Chile" del Padre Alonso de Ovalle s.j. (1646).

ARQUITECTURA COLONIAL EN SANTIAGO

Año	Edificio
• 1562	Iglesia San Francisco
• 1566*	Catedral
• 1566*	Basilica de la Merced
• 1606*	Iglesia Santo Domingo
• 1608*	Iglesia de San Agustín
• 1769	Casa Colorada
• 1784	Palacio La Moneda

*Año de la primera construcción. Todas ellas se derrumbaron en el terremoto de 1647. Los actuales templos son muy posteriores.
Fuente: Memoria Chilena.



“El 11 de julio de 1632 muere en Santiago quien había sido el alguacil mayor, don Alonso de Campo Lantadilla y, abierto ese mismo día su testamento, se supo que había dispuesto que, con el remanente de sus bienes se fundara un convento de monjas de las señoras de Santa Clara para que en él fuesen recibidas 20 monjas y 10 sargentas sin dotes. Estas debían ser escogidas entre doncellas virtuosas, hijas de padres y madres nobles, prefiriendo a las parientas del testador”.

Úrsula Suárez en “Relaciones Autobiográficas”, 1732.

A los 12 años Úrsula ingresó al convento de las Clarisas en Santiago. Este –como lo señaló muy claramente Octavio Paz en relación a la vida de Sor Juana Inés de la Cruz en Nueva España (México)– llegó a constituir un lugar social atractivo para “una mujer de carácter”. Entonces, el convento fue el único espacio de ambiciones femeninas propias, donde –a pesar de estar fuera del mundo– podían construir una realidad personal desde la cual observar (no participar) los acontecimientos sociales y políticos de la época.

Que si fue vocación pura o una forma de liberación ante las alternativas que se le ofrecían a una mujer joven de cierto nivel social en esos siglos coloniales –es decir el matrimonio, la soltería irremediable o el “monjío” o una mezcla de ambas– nunca lo sabremos del todo. Lo cierto es que desde que entró al claustro, con solo 12 años, hasta su último suspiro en este mundo (1749), Sor Úrsula fue una monja clarisa y, aparentemente, feliz.

Úrsula era habilosa, inquieta y poseía don de mando. Fue así como entre 1721 y 1725 le correspondió ser la abadesa del claustro que tenían las clarisas en la Plaza de Armas, que por entonces no tenía ni pavimento ni menos árboles. Era sencillamente un tierral donde en las mañanas se paseaba el aguatero, el velero y el motero, al medio día todas las vecinas asistían a misa para luego regresar a sus casas almorzar, hacer siesta y llevar a cabo labores de bordados u otros. Por las noches, circulaba el alguacil que velaba por la seguridad.

Todo en medio de una cultura profundamente religiosa y “pacata” o convencional y entrelazada por sublevaciones indígenas que alteraban el orden reinante y generaban pánico.



Plaza de Armas de Santiago, siglo XVIII. Ilustración John Miers.

Al interior del claustro, en cambio, la vida de las monjas se desarrollaba en medio de oraciones comunitarias, tiempos de silencio, de penitencia (con flagelaciones incluidas) y pequeños espacios donde se les permitía la lectura, ¡claro que solo ciertos libros!

Otras mujeres, de rango social inferior, se encargaban de los quehaceres del claustro. ¿Y quién proveía? La familia de cada religiosa hacía su aporte económico al entrar al convento.





Imagen tomada del sitio <http://vaticannewsworldorder.blogspot.com>

Las primeras 4 órdenes religiosas que llegaron a América –y a Chile– de la mano de la Corona Española fueron los Agustinos, los Franciscanos, los Mercedarios y los Dominicos. Solo a fines del siglo XVI desembarcaron los jesuitas en nuestros territorios.

Esta congregación, llamada Compañía de Jesús, fundada por San Ignacio de Loyola en París en 1534, desempeñó un relevante rol social, económico, cultural, religioso y hasta político, en la colonia chilena. Entre las tareas que cumplían los sacerdotes estaba ¡por cierto! el de confesar a los feligreses y a las religiosas.

Las monjas clarisas (que hacia fines del siglo XVII eran casi un centenar solo en Santiago pues también había conventos en otras ciudades del país) habitualmente tenían a los jesuitas como sus confesores. Fue a instancias de estos que Sor Úrsula inició su autobiografía. Investigaciones históricas posteriores confirman que esta era una práctica habitual de la Iglesia Católica de esa época. A través de los escritos de las monjas, las abadesas y la plana mayor del clero se mantenían informados tanto de sus sentimientos como de sus inquietudes varias.

“Mas,
atenta que
será ésta la divina
voluntad ordenada por la
de vuestra paternidad, con
lágrimas referiré toda mi
vida pasada que anegada
en el mar de mis lágrimas
no sé cómo principiar”.

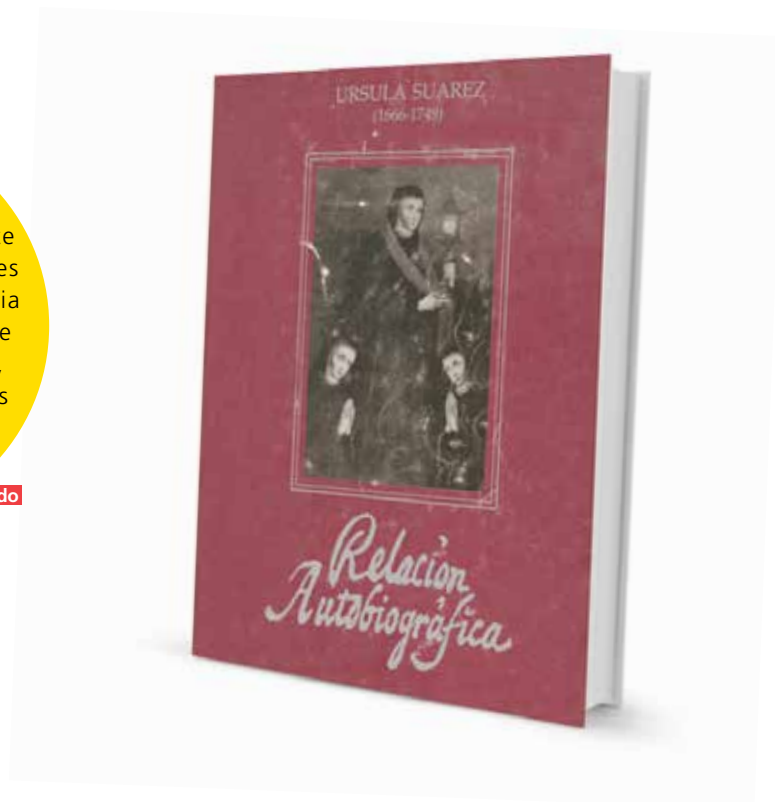
Sor Úrsula en “Relación Autobiográfica”.

Con las palabras de arriba, en castellano antiguo, Sor Úrsula anuncia, en 1732, el inicio de sus escritos autobiográficos, los mismos que tienen uno de los títulos más largo que se hayan conocido en la historia. “Relación de las singulares misericordias que ha usado el Señor con una religiosa, indigna esposa suya, previniéndole siempre para que solo amase a tan Divino Esposo y apartase su amor a las criaturas; mandada escribir por su confesor y padre espiritual”.

De las mentadas “Relaciones” nada se supo hasta que aparecen reseñadas brevemente en 1850 en el libro “Historia Eclesiástica, Política y Literaria de Chile” de Ignacio Víctor Eyzaguirre. Pero solo en 1984 fueron publicadas gracias a una verdadera operación de rescate historiográfico. Hacia fines del siglo XX, sus escritos fueron estudiados acuciosamente y valorados como un significativo testimonio acerca del modo de vida de un grupo humano (las monjas) en plena Colonia.

“Sor Úrsula es una escritora nata. Su escritura es sorprendente como ella misma. El relato es dinámico, con gran presencia de diálogos, con una fuerte carga corporal y sensorial, con imágenes impregnadas de emotividad y temperamento”.

Teresa Valdés, socióloga comentando la obra de sor Úrsula Suárez.



Qué duda cabe que las "hablas" que recibía Úrsula eran confusas. Ni ella misma fue capaz de reconocer si eran divinas o demoníacas ni menos se atrevía a llamarlas "voz de Dios". Lo que está claro –como lo confirman sus propios escritos– es que las tenía desde su infancia y que lo conversaba con frecuencia con su confesor. Y que mientras el sacerdote más la disuadía de estas cosas –"que la podían alejar de Dios"– más se le manifestaban al interior de su alma.

"Estando maquinando sobre esto, me dijeron, parésememe fue dentro de mi interior, esto porque fuera dél ninguna persona lo pudo haser, porque ninguna había, ni aunque la hubiera y viera mis lágrimas no pudiera saber qué motivo las causaba de lo que yo en mi interior pensaba; díjome esta habla: "Y si te fuera tu madre, ¿qué harás?"; yo dije con gran prestesa: "La pondré en una afrenta". Esto desía sin saber a quién respondía ni discurrir quién me hablaba y apuraba".

"Viéndome enferma, consumíanme a preguntas las religiosas con quien vivía en la selda, en viendo que estaba callada y suspensa: y no hay duda lo estrañarían, por ser yo alegrísima de mi natural y que qualquier chiste les solía contar de los que me pasaban; menos destas hablas, que siempre las tuve calladas, aunque se continuaban, y siempre a Dios las atribuía...".

Extractos de los relatos autobiográficos de Úrsula Suárez, impresos en 1984.

Según ella –en los sueños nocturnos y en la contemplación de la nada– solía encontrarse con el misterio profundo, el mismo que se "hacía carne" en su persona. ¿Rondaría en Sor Úrsula el temor de ser sancionada por la propia Inquisición debido a estos "malos" pensamientos en su corazón?



¿QUÉ FUE LA SANTA INQUISICIÓN?

El conjunto de instituciones vinculadas a la Iglesia Católica en Europa y América –desde la Edad Media hasta 1830– dedicadas a combatir las herejías con las armas más poderosas y visibles, para provocar temor y así corregir conductas. Iban desde la flagelación, pasando por la prisión perpetua hasta la pena de muerte.

Recluidas en los conventos, las religiosas clarisas dedicaban largas horas de sus días a elaborar esta delicada, policromada ¡y perfumada! cerámica hechas con arcilla, caolín y arena fina. ¿Y qué hacían con la producción?

Muchas se las regalaban a las familias y benefactores y otras se comercializaban. ¿Cómo así? Estas misteriosas miniaturas fueron ampliamente conocidas y valoradas por la sociedad chilena de la Colonia que las compraba a las monjas generándoles un ingreso adicional para sus debilitadas arcas. Probablemente, Sor Úrsula confeccionó con sus propias manos algunas de estas bellezas.

Todo acabó en 1898 cuando murió María del Carmen de la Encarnación Jolfré, la última monja clarisa que conocía los secretos de la manufactura. Lo que vino después fueron imitaciones mal logradas. Hoy las originales solo se ven en museos.



“Por Dios le pido que mande dos matecitos dorados de las monjas, aquellos olorcitos: con el campo y la soledad me he entregado al vicio, y no hay noche que al tiempo de tomar mate no me acuerde del gusto con que lo tomo en dichos matecitos”.

Diego Portales refiriéndose a la cerámica de las Clarisas en una carta a su amigo Garfias, 1815.





Retrato de Sor Juana Inés de la Cruz, óleo de Miguel Cabrera (1750) en Museo Nacional de Historia de México.

Una vez conocidos en Chile y en América Latina los textos escritos por sor Úrsula en la Colonia (aunque solo fueron publicados a fines del siglo XX) estos fueron comparados con los de sor Juana Inés de la Cruz, (1648-1695) la monja jerónima que destacó con su cultura, pluma y versatilidad en pleno virreinato de Nueva España luego llamado México. Tanto fue el reconocimiento a su obra que esta formó parte del llamado siglo de oro de la literatura española, siendo ella una criolla nacida y finada en el Nuevo Mundo.

En Chile, progresivamente, “nuestra” sor Juana, vale decir, Sor Úrsula Suárez, ha sido estudiada por historiadores especialistas en literatura colonial y en temas de género. Las nuevas publicaciones reconocen en estos una pertinente mirada a hacer las veces de “voz” de la silenciada palabra de las mujeres de esos siglos coloniales. Interesante es la lectura que hace Adriana Valdés (1943) –ensayista y presidenta de la Academia Chilena de la Lengua– sobre la sensualidad de las palabras de sor Úrsula que colindan con la descripción erótica al referirse al “olor a santidad”.

“Como a una cuadra [del convento] sentía un aire suave y blando... Ya yo conosía este aire y olor, porque siempre que iba salía como a resebirme, y antes que llegase a mí lo sentía venir, y deseaba que llegara, aunque así que a mi cuerpo tocaba, se estremesía y temblaba, y la piel se enerisaba tanto que la criada lo conosía y desía: “¿que tienes frío que te tiembla el cuerpesito?” Yo le desía, “Camina apriesa, que ya me da el olor de las monjas”; ella desía: “¿Hay niña más habladora? ¿cuál es el olor de las monjas?...”.

Extracto de los escritos de Sor Úrsula recogidos por Adriana Valdés en un documento llamado “Sor Úrsula, aproximación a su cuerpo”, 1992.